

LA CASA DEL LAGO

Por Antonio Diego Duarte Sánchez (27428747)

En el centro de la casa estaba el salón con la chimenea. La chimenea era de piedra oscura, más oscura que el resto de las piedras que formaban los muros y los tabiques. El techo, alto, dejaba ver la madera de las gruesas vigas, contrastando su color marrón con el blanco de la cal que recubría las paredes.

Frente a la chimenea se extendía la estera, verde oscura y marrón, sobre la que solíamos estirarnos de chicos y pelear con nuestros guerreros de plástico hasta que los deformábamos completamente. Las tardes se pasaban pronto allí. Mi madre nos llamaba siempre a la misma hora para tomar un vaso de chocolate caliente con galletas caseras. Unas galletas gruesas y esponjosas que empapaban el chocolate y nos dejaban el cuerpo dispuesto para más diabluras.

Ahora es verano y se agradece que el primer dueño de la casa pensara en ponerle el porche, elevado más de un metro del nivel del suelo para que los habitantes no hubieran de sufrir el calor revocado por el suelo. Allá, a lo lejos, se divisa el bosque de encinas y hayas donde, a partir de septiembre, irán los hombres con carretillas para recoger leña con la que alimentar la chimenea durante todo el año siguiente. Tras el bosque, el lago comunica las tierras que circundan la casa con la carretera comarcal que lleva hasta el pueblo más próximo, cuyos habitantes aún se muestran recelosos ante el nuevo propietario de la casa.

Un cobertizo al otro lado alberga el coche que utilizan los de la casa para trasladarse al pueblo y hacer sus compras. A él se llega mediante la pequeña barca siempre atracada junto al embarcadero de maderas y piedra que penetra cerca de siete metros en el lago desde la orilla.

Dentro de la finca se utiliza el caballo como medio de transporte y el carro, cuando se necesita acarrear alguna carga más pesada.

Detrás de la casa están las caballerizas, conectadas a aquella mediante un largo pasillo de piedra pero lo bastante separadas como para que el olor característico de los animales no alcance a los habitantes de la casa. Sólo el trabajo necesario para mantener al trío de bestias, el carro y el bote en condiciones ya es suficiente para entretener tres o cuatro horas al día a los habitantes.

La familia era huraña. Llegaron diez años atrás, cuando mi padre ya estaba decidido a marchar a la ciudad, donde habría de morir, tras convencerse lentamente de lo inútil de su pretensión de mantener una propiedad tal pagando los elevados impuestos por el uso de la tierra, del lago y del bosque. Parecía que alguien le molestaba que una familia pudiera vivir honradamente del aprovechamiento, más bien escaso, de la fauna del lago y de la madera del bosque que los propios árboles dejaban caer para renovar con más brío su follaje.

Cierto es que pagaron bien, muy bien, sin rechistar y al contado. Con lo obtenido pudimos alquilar un apartamento en la ciudad y yo terminé mis estudios universitarios. Mis padres pasaron sus últimos años mirando a través de las ventanas del apartamento, buscando en vano el horizonte de hayas y encinas del bosque por entre medio de los bloques de cristal y cemento.

Los sucesos de los últimos días levantaron los comentarios de las gentes del pueblo. Una familia de tres miembros de la que no sabría bien decirse quién destacaba más. Si la hija, por su cara permanentemente limpia en mitad de un atuendo más que desaliñado; si la madre, por sus ojos pequeños y su boca fina, vestida siempre de gris oscuro, con simpleza y sin adornos, ni pendientes, ni pinturas en su rostro; o el padre, bajo y enteco, moreno y con manos fuertes y desproporcionadamente grandes. Mirada huidiza y parcos en palabras. Todos los intentos del pueblo por penetrar aquella máscara fracasaron definitivamente.

Ni siquiera los niños, más abiertos por lo general, consiguieron robar una sonrisa del rostro de la chiquilla. “No, no tiene aún edad para ir al colegio. -afirmó rotundamente el padre- Es sólo que está muy crecida.”..... “No se preocupe, agradezco su interés. Desde luego, a su debido tiempo acudirá a las oficinas del Colegio para matricularla.”.....

Los niños mayores del pueblo hacían excursiones hasta la casa, a través del lago o rodeándolo, si no tenían una barca, y montaban operaciones militares cuyo único objetivo era acercarse sin ser vistos hasta la casa y espiar cuanto pudieran de lo que allí ocurría. Nunca lo consiguieron y lo poco que pudieron distinguir desde el límite del bosque constituyó el pobre alimento de los comentarios del pueblo.

Al parecer, era seguro que por las noches alguno de los miembros permanecía despierto hasta muy tarde, ocupando el salón a oscuras, con la sola iluminación del fuego de la chimenea. Puesto que allí el tiempo desapacible se prolongaba desde septiembre hasta junio, tuvieron ocasión de comprobarlo en repetidas visitas.

Hasta sus compras en el pueblo se salían de lo normal. Nada de pan, mucha fruta y verdura, ninguna conserva, carne siempre de pollo y pescado en abundancia, nada de bebidas..... Parecía un régimen curioso, aunque equilibrado. El hombre pagaba siempre al contado. Acudía a la sucursal del banco mientras la mujer y la niña entraban en la tienda y empezaban a hacer acopio de los víveres que llevaban apuntados en un papel de alimentación antiguo y gris, como sus ropas.

El empleado de la sucursal se amparaba en el secreto profesional para no dar cuenta a nadie del estado financiero de la familia. Se daba con ello importancia y les decía: “¿Qué os parecería si el cura fuera por ahí pregonando todo lo que le contáis en la confesión?.” A los del pueblo, mohínos, nos les quedaba más remedio que especular y especular. Una comisión de hombres avisó al párroco de que, por la noche, en el local de Fernando, se prepararían unas cabezas de cordero asadas. Invitación a la que el señor cura no podía negarse, ya que se hacía en su honor.

Ciertamente estaban bien preparadas, y así lo hizo constar adecuadamente. El párroco se echó hacia atrás en su asiento y les miró socarronamente.

- ¿Qué queréis de mí?
- Bueno, señor cura... -empezó Fernando, el dueño de local y eventual juez de paz del pueblo- Hemos hablado entre nosotros de esa familia que vive ahora en la casa de lago.
- ¿Sólo entre vosotros?. ¡Vaya!, me parece que últimamente no tenéis demasiada variedad en vuestros temas de conversación. Entre donde entre, siempre se murmura sobre lo mismo: Una familia no muy interesada en integrarse en el pueblo.

- Bueno..., sí..., es cierto. De todos modos, son muy raros. Sin tener que nombrar los rumores inciertos, lo que queda es bastante inusual. Hemos pensado que usted podría ser la persona adecuada para iniciar un acercamiento.

- Y, de paso, averiguar cuanto pueda sobre sus costumbres, su casa y su modo de vivir, ¿no?.
- Más o menos.

El señor cura no era tonto. Cinco años conviviendo con aquellas gentes le habían enseñado a no serlo. Buenas y honradas, trabajadoras y pundonorosas, no sentían el menor recato en despellejar al prójimo del modo más cruel si la ocasión se presentaba. La rondalla del pueblo, junto a los romances y coplas antiguas, componía siempre unas cuantas coplillas en las que aludían a los amores, hasta ese momento supuestamente secretos, de dos adolescentes que no saldrían a la calle hasta dos meses después o bien en las que se relataban con pelos y señales los coqueteos de la estanquera con el joven heredero de una familia de agricultores bien situada.

El señor cura sabía que su posición era de privilegio mientras se mantuviera en su sitio. Deshaciendo malentendidos y arreglando peleas conyugales todo el mundo le respetaba y apreciaba. Desde el púlpito llamaba la atención de los más ricos del pueblo y les forzaba a donaciones más generosas para el fondo común de ayuda del que, en uno u otro momento, todos se habían servido cuando el tiempo no acompañó. Pero aquello era distinto por completo. Era hacer de recadero y espía con la excusa de interesarse por la salud moral de aquella familia. Ciertamente podría aducir que el mandato apostolar le impulsaba a atraer nuevos corderos al redil del Señor.

¡Venga!, no servía de nada engañarse a sí mismo. Ir a la casa era ceder a la curiosidad, propia y ajena, y pasar de ser el cura del pueblo y una voz respetada a entrar en el círculo vicioso de las habladurías y los comadreos.

La humedad del lago había penetrado la gruesa lana del hábito sacerdotal. Atardecía cuando tomó el camino del bosque, en penumbra, volviéndose antes de internarse por él para agitar una mano en señal de saludo a quienes le esperarían junto al embarcadero. Casi deseaba una seca negativa a sus propósitos..... Podía aceptar verse profesionalmente desdeñado, el Señor sabría reconducirlos. Y tendría la excusa perfecta para presentarse con las manos vacías ante los hombres del pueblo que, sin duda, ya no se atreverían a insistir.

Había luz en la casa. Los caballos relincharon, el señor cura tenía el viento de espaldas y ese mismo viento habría llevado su olor y el ruido de sus pisadas hasta los establos. Se abrió la puerta de la casa y la silueta del hombre se dibujó contra la luminosidad que salía del interior. Religioso y seglar anduvieron el uno hacia el otro, siguiendo la línea marcada por el sendero que atravesaba el bosque desde la casa hasta el lago.

- Buenas noches, padre. -saludó el hombre-
- Buenas noches, hijo mío.
- Usted dirá, padre...

Ambos hombres se contemplaron en silencio, atentamente. El siguiente paso le correspondía al sacerdote, evidentemente, y éste, pese a su experiencia, no estaba muy seguro de cómo iniciar la conversación.

- Espero que mi visita no te importune, hijo. Ya lleváis unos meses instalados en esta casa y vuestras visitas al pueblo, más bien escasas, nunca han incluido la Casa del Señor. Me preguntaba si existiría alguna circunstancia, desconocida para mí, que os impidiera asistir a las celebraciones religiosas.

- Entiendo.... Hace frío aquí, ¿no quiere pasar dentro?, el fuego de la chimenea quitará la humedad de su cuerpo, padre.

La luz de la chimenea iluminaba tenue pero suficientemente la estancia y el hombre señaló al señor cura un sillón de cuero de apariencia hartó cómoda.

- ¿Una copita de moscatel, padre?.
- No vendrá mal, gracias, hijo.

El licor era ambarino y su sabor, suave, invitaba a frecuentar su compañía con más frecuencia de la deseable. El cura, experto en tales lides, sorbió solo un poco del vaso y lo mantuvo en su boca sintiendo como el inconfundible aroma se extendía por su paladar y comenzaba a ahuyentar cualquier resto de malestar.

- Es cierto que no hemos asistido a los actos religiosos, padre.... Y también lo es que no es éste el motivo de su visita. Hay hombres en el embarcadero esperándole, hombres que están sufriendo el frío y la humedad con la esperanza de que se rompa el misterio que ellos mismos han ayudado a crear.

- Ciertamente, no sería sensato esperar de un pobre cura que pudiera trasladarse a remo desde el pueblo hasta aquí, por eso tuve que hallar algunos jóvenes fuertes a los que no importaran demasiado las contrariedades del tiempo.

- ¿A quién pretende engañar?. Podía haber venido por la mañana, todavía son calurosas y el camino está a la vista. ¿Por qué no lo hizo?.

- Dímelo tú, hijo.

- Para poder viajar de un modo discreto. Sin que las gentes del pueblo vean al señor cura embarcarse con dirección a la casa del lago y comiencen nuevas murmuraciones aún más absurdas y disparatadas.

- No parece que pueda engañarte. Es más, estoy casi convencido de que no lo deseo. Me ha costado bastante plegarme a los deseos de las gentes, y no les critico. No me negará que una familia nueva, que se instala en una casa solitaria y no hace el menor esfuerzo por mantener relaciones con la comunidad, es algo extraño y que levanta comentarios...., ehmm,....

- No siempre bienintencionados. -completó el hombre- Soy consciente de nuestra peculiar situación. Pero nadie tiene derecho a comentar sin saber, a murmurar invenciones que no sirven más que para envenenar el ambiente. Vinimos aquí buscando paz y tranquilidad, no la amistad de las gentes ni la relación con Dios. Tengo la impresión de que estoy más cerca de El aquí que en su Iglesia.

El sacerdote sabía reconocer cuándo la razón asistía a alguien. El hombre le había recibido en su casa, le había ofrecido una copa de licor y se había mostrado educado aún cuando desveló sus auténticas intenciones. Aún podía salir de allí con dignidad.

- Reconozco que estás en lo cierto, hijo. Me avergüenzo de ello y te pido perdón. Sin embargo,

no se lo debes tener demasiado en cuenta. Has de reconocer que, pese a todo, vuestra actitud no es enteramente normal. -el cura se puso en pie- Muchas gracias por el licor, hijo. Pese a todo, no pierdo la esperanza de que un día aparezcáis por la Iglesia..., y seréis bien recibidos, desde luego.

- Adiós, padre. No le envidio el interrogatorio al que le van a someter esta noche.

Los niños regresaron con los rostros desencajados por el miedo. Se habían acercado demasiado a la casa y el dueño les recibió con dos descargas de su escopeta.

- ¿Donde está Juanito?. -les preguntaron-

Ninguno se había dado cuenta de la falta de Juanito hasta que se lo preguntaron. Juanito era el más valiente de todos, el más atrevido. Iba en cabeza del grupo, ordenándoles cómo tenían que desplegarse para alcanzar la casa, como si fueran un comando de guerrilleros al asalto de una posición enemiga.

Cuando sonaron las descargas toda disciplina se rompió y cada uno emprendió la huida hacia el lago a la máxima velocidad de que eran capaces sus piernas. Juanito se quedó atrás, entreteniéndose al hombre y dando tiempo a sus compañeros para alcanzar el embarcadero. Pero Juanito no regresó con ellos y, con la prisa por escapar, nadie se preguntó por su paradero.

Alguien propuso acudir al Cuartel de la Guardia Civil, pero estaba a más de doce kilómetros y tardarían demasiado. Fernando tomó una decisión arriesgada:

- ¡Todo el que tenga Land-Rover que me siga!, ¡vamos a la casa del lago!

Vistos desde la casa, la muchedumbre imponía temor. El hombre sabía por qué venían y qué querían.

Fernando se destacó de la multitud y, sintiendo su apoyo en la espalda, avanzó hacia el porche. Subió las escaleras y llamó a la puerta.

- ¿Qué desea?.

Fernando se volvió hacia la ventana, sorprendido, y divisó la cara sombría del hombre.

- Buscamos a Juanito. Uno de los niños que estuvieron aquí esta tarde y contra los que usted disparó.

- No está aquí. Se marchó bordeando el lago a pie.

- ¿Cómo lo sabe usted?.

- Lo perseguí durante un buen rato hasta que me di cuenta de que, con el susto que llevaba encima, tardaría bastante en regresar por aquí.

Fernando se dio media vuelta y explicó a todo el mundo las aseveraciones del hombre. El juez de paz regresó al porche.

- Unos cuantos de nosotros vamos a seguir la orilla del lago a ver si encontramos al niño, ¿en qué dirección fueron?.
- Hacia la derecha.

Los hombres, abiertos en abanico, gritando el nombre del niño con todas sus fuerzas y revolviendo cualquier mata lo bastante grande como para ocultar el cuerpo de un niño semejaban una jauría de perros rastreando su presa. Durante toda la noche rastrearon la orilla del lago, siguiendo las huellas que se marcaban en la arena con claridad. En un punto determinado, a más de veinte metros del agua, las huellas desaparecían abruptamente.

Dos días duró el asedio de la casa. Dos días en los que un pueblo entero batió los alrededores de un lago hasta un kilómetro al interior sin encontrar el menor rastro de Juanito. Dos días en los que la familia que habitaba la casa se refugió en la planta alta, en una de las habitaciones interiores, sin atreverse a bajar por temor de ser escuchados y apedreados, como ya sucediera la mañana del primer día.

Los hombres del pueblo decidieron llevar una comisión ante la familia para presionarlos un poco más y sacarles cuanto supieran sobre el paradero de Juanito. La familia oyó los fuertes golpes en la puerta mas, en su temor, nada hicieron por atender la llamada. Los golpes se sucedieron repetidamente, cada vez con más intensidad y frecuencia. El hombre solo reaccionó cuando oyó el quejido de la madera cuando la puerta se quebró bajo los golpes de un hacha hábilmente esgrimida por los hombres del pueblo.

Decididamente, empuñó su escopeta y la descargó contra la mujer y la niña, matándolas instantáneamente. Abrió el arma y extrajo los cartuchos usados, cambiándolos por otros nuevos. Volvió a disparar sobre los cuerpos inertes, rematándolos pese a su quietud. Repuso la munición gastada y abrió la puerta de la habitación; un grupo de hombre subía las escaleras corriendo, apoyó la boca del cañón en su barbilla y apretó el disparador.

Las huellas, ciertamente, se cortaban..... porque la marea avanzaba y retrocedía rápidamente en aquella época del año hasta adentrarse cerca de quince metros hacia el interior, formando bolsas de arenas casi líquidas que podían tragarse fácilmente a un niño de diez años sin dejar rastro. El lago devolvió el cuerpo sin vida de Juanito cuatro días después, cuando ya era demasiado tarde para la familia solitaria que le compró la casa del lago a mi padre.

Murcia, a 10 de Mayo de 1.993